

Fronteras de la Latinidad

TEXTES DE REFERENCE

Fronteras de la Latinidad

Carlos Fuentes



Académie
de la Latinité

Rio de Janeiro, 2001

© Carlos Fuentes

Brasil, 2001

Académie de la latinité — Siège Amérique latine

Secrétariat général

Rua da Assembléia, 10, 42^o andar, Centro, Rio de Janeiro

Tél.: 55.21.531-2310; Fax: 55.21.533-4782

Page WEB: www.alati.org

E-mail: alati@alati.org

Secrétariat exécutif à Paris

25 rue Château Landon 75010 Paris. Tél./Fax: 33.1.40.35.08.20

E-mail: nelson.vallejo-gomez@wanadoo.fr

Fronteras de la latinidad, me indica mi querido Candido Mendes para mis palabras esta mañana en Rio de Janeiro. ¡Qué parcos son los diccionarios cuando definen la palabra “frontera”! Ninguno va más allá de la evidencia simplista: Confín de un Estado.

Pero qué ricos, en cambio, son los usos de la palabra “frontera” en la cultura — literaria, sociológica, psicológica.

Alta frontera vertical es el Machu Picchu de Pablo Neruda, vertiginoso ascenso a la piedra en la piedra, al aire en el aire, en busca del hombre.

Honda frontera marina son las Antillas de Edouard Glissant, gritando como un relámpago de vidrios para que el lenguaje no se olvide, pero preguntándose si no hay palabra que pueda perderse en el dolor si no hay paciencia, la paciencia de la frontera del mar, pues, ¿qué puede decirse del mar, sino que espera?

Llana frontera de la meseta de la Castilla de Antonio Machado, donde “está el ayer alerta al mañana, mañana al infinito, hombres de España, ni el pasado ha muerto, ni está el mañana ni el ayer, escrito”.

Frontera como tierra y como tiempo que enriquece el portugués Fernando Pessoa cuando nos dice:

*Tenemos, quienes vivimos
una vida que es vivida
y otra vida que es pensada
y la única en que existimos
es la que está dividida entre la cierta y la errada.*

Frontera, nos dice Pessoa, de los actos mismos de la personalidad humana.

Y extensa frontera horizontal — territorio explorado, surcado y penetrado en el Brasil de Nélide Piñón, frontera de una voz que quiere darle sentido terreno a la atracción sensual, a la fundación civilizada, a la compasión social y a la libertad estética de las inmensas fronteras brasileñas.

Y psicológicamente, ¿hay frontera más profunda que la que cada ser humano lleva en su interior, frontera de las emociones y de los afectos, frontera de la identidad personal y cultural, frontera de la lealtad familiar, política o nacional, fronteras de la amistad y del amor, frontera del yo en lucha consigo mismo y frontera, al cabo, del misterio mismo de la vida, la pregunta fronteriza de saber que somos cuerpo y alma, no saber cuál es la frontera entre ambos y vivir sabiendo que nunca entenderemos lo mismo que estamos viviendo, lo mismo que somos — ni siquiera si la muerte resolverá el misterio, separará para siempre el cuerpo del alma, o los unirá eternamente?

Vivimos la pasión — el pasaje — de nuestras vidas erigiendo fronteras que nos protejan, derrumbando fronteras que no liberen, y esta pasión, esta ánima de nuestras existencias ocurre en un espacio y ocurre en un tiempo.

El espacio configura.

El tiempo transfigura.

¿Cuáles son, entonces, las fronteras de la latinidad, los espacios que la configuran, los tiempos que la transfiguran?

Ambos son expansivos y abarcentes. La más somera mirada nos dice que la latinidad no es un concepto excluyente, pues si lo fuese jamás habría desbordado los límites del Lacio italiano.

Que la latinidad es, desde su origen, un concepto incluyente, lo prueba, en primera instancia, la herencia griega que un Polibio convierte en vértebra de la cultura latina y, por extensión, de la cultura mediterránea en la cual se inserta, como poderoso factor estructurante, la latinidad.

El Mediterráneo es mar de encuentros y la latinidad romana, heredera de Grecia, pronto se transforma en latinidad ibérica, española y portuguesa, al occidente, en latinidad rumana y en latinidad francesa al septentrión.

Pero así como la latinidad primaria contagia y se deja contagiar por las aportaciones balcánicas, galas e ibéricas, todas ellas se contaminan de germanidad al caer el Imperio e Iberia, en particular, se convierte en espacio de encuentro con las culturas judía e islámica.

Siete siglos de convivencia, intercambio y pugna, amor y odio, justicia e injusticia, definen para siempre a los que hablamos un español cuya tercera parte son palabras árabes y cuya civilidad misma proviene de la *intelligentsia* hebrea en la corte de Alfonso el Sabio de Castilla en el siglo XIV.

Latinidad mediterránea, pues: Griega y latina, italiana, rumana, francesa, española, portuguesa, judía y árabe. Transmisora, esta última, para completar la ronda, de la cultura griega al Medieval cristiano.

Esa es la latinidad que cruza el Mar Océano con Colón, Vesputio, Cartier y Álvares Cabral para dar cabida, en el acto, a una latinidad hispanoamericana, lusoamericana y francoamericana que, a su vez, se tiñe de espléndidos colores: latinidad indoamericana, latinidad afroamericana y, al cabo, latinidad mestiza.

Podría pensarse que estas categorías nos encasillan y aíslan. Sucede todo lo contrario. Si en algún momento de nuestra historia la experiencia americana pudo ser vista como marginal o excéntrica, hoy aparece como un hecho profético de la corriente cultural más poderosa del siglo XXI: El mestizaje portado por la migración.

Las carabelas de la cultura hace tiempo que hicieron el viaje de ida y vuelta. Ciego sería quien no viese la riquísima influencia mutua del nuevo y el viejo mundos desde el siglo XVI, tema explorado con generosa sabiduría por dos grandes escritores hace poco desaparecidos, el colombiano Germán Arciniegas y el venezolano Arturo Uslar Pietri.

De Pero Vaz de Caminha y Bernal Díaz del Castillo — descubridores europeos de América — a Machado de Assis y Jorge Luis Borges — descubridores latinoamericanos de Europa — el comercio cultural transatlántico ha sido incesante. No hay García Lorca sin Neruda, pero tampoco hay Neruda sin García Lorca.

Pero hoy las latinidades americanas y europeas ya no viajan en carabelas. Viajan en jet y proponen toda una nueva relación entre las identidades: proponen el valor de las diversidades.

Porque si entendemos y celebramos una generosa e influyente latinidad cultural, estamos muy lejos de haber fun-

damentado y llevado a la práctica una latinidad política y, sobre todo, económica.

No oculto por un momento los males de la economía global. El abismo creciente entre pobres y ricos. La abolición de ocupaciones tradicionales. La urbanización devastadora. La rapiña de recursos naturales. La destrucción de estructuras sociales. La vulgaridad de la cultura comercial.

Pero niego dos políticas: La de la avestruz que esconde la cabeza en la arena. Y la del toro que entra a destruirlo todo en la cristalería.

La latinidad americana no va a ponerle fin al proceso globalizador. La cuestión es: cómo aprovecharlo. Con razón dice el Primer Ministro de Francia, Lionel Jospin: “Si el mercado es enemigo de los pueblos, los pueblos serán enemigos del mercado.”

Yo puedo apelar aquí, desde la orilla americana de la latinidad, a la orilla europea: Cooperen con nosotros — España, Portugal, Francia, Italia —; Denos una mano. Perdonen deudas. Aumenten inversiones. Introduzcan tecnologías. Proporcionen créditos. Muy bien, muy bien.

Pero sobre todo, recuerden una cosa: La latinidad americana es la promesa de que lo mejor de Europa prevalecerá.

Somos herederos de lo mejor de Europa. Somos lo mejor de Europa proyectado fuera de Europa.

*La civilización europea — advierte mi amigo el ex Primer Ministro de Italia, Massimo d’Alema — ha producido un **mundo político** fundado en Estados nacionales, instituciones, partidos, reglas. Y un **mundo moral** hecho de cultura, artes, inteligencias, talentos. Su mezcla ha hecho a Europa única y ha permitido renacer incluso*

con heridas profundas — dos guerras fratricidas y la tragedia del Holocausto — que le han marcado el alma...

Esta, la Europa descrita por d'Alema, es nuestra Europa.

Por ello, nos hiere en carne propia una Europa latina que se niega a sí misma cuando cae en los precipicios de la xenofobia, el chovinismo, el racismo, el antisemitismo, el antiarabismo, el fanatismo religioso, el nacionalismo fascista y, más que nada, la estigmatización del trabajador migratorio, sobre todo el de origen latinoamericano.

Pues ¿qué hace un trabajador de la América Latina en la Europa Latina sino dar mucho sin quitar nada?

¿Qué hace sino devolverle a la antigua Europa imperial una conquista que América no pidió, de la cual sufrió y de la cual, también, se benefició?

Esa Latinoamérica conquistada le devuelve ahora a Europa trabajo, cultura, potencia humana para una demografía envejecida. Le devuelve lo mismo que la Europa Latina le dio a la América Latina: Mestizaje. Encuentro de razas y culturas.

España, Portugal, Francia e Italia no pueden negarle a la América Latina lo mismo que la América Latina nos dio:

La cultura de la migración y mestizaje.

Los trabajadores migratorios son portadores de cultura: religión, familia, música, literatura, tradiciones orales, cocina — como agua para chocolate —. Y qué bueno saber que hoy, en los EE.UU., la salsa mexicana se vende más que esa abominación llamada *ketchup*. Igual suerte le deseo al chimichurri, a la fabada y a la feijoada.

Son, como la migración mestiza del mundo, los heraldos de un mundo multicultural, ya no euro o afro o indocéntrico, sino integrante de una cultura común.

Son los profetas de un mundo incluyente, con espacio y tiempo — configuración y transfiguración — para todas las culturas y su mutua, enriquecedora fecundación.

Las fronteras de la latinidad se resumen, por todo ello, en un deseo:

Reconozcamos nuestra identidad latina en nuestra diversidad latina.

Y reconozcamos nuestra latinidad en la diversidad del mundo.